

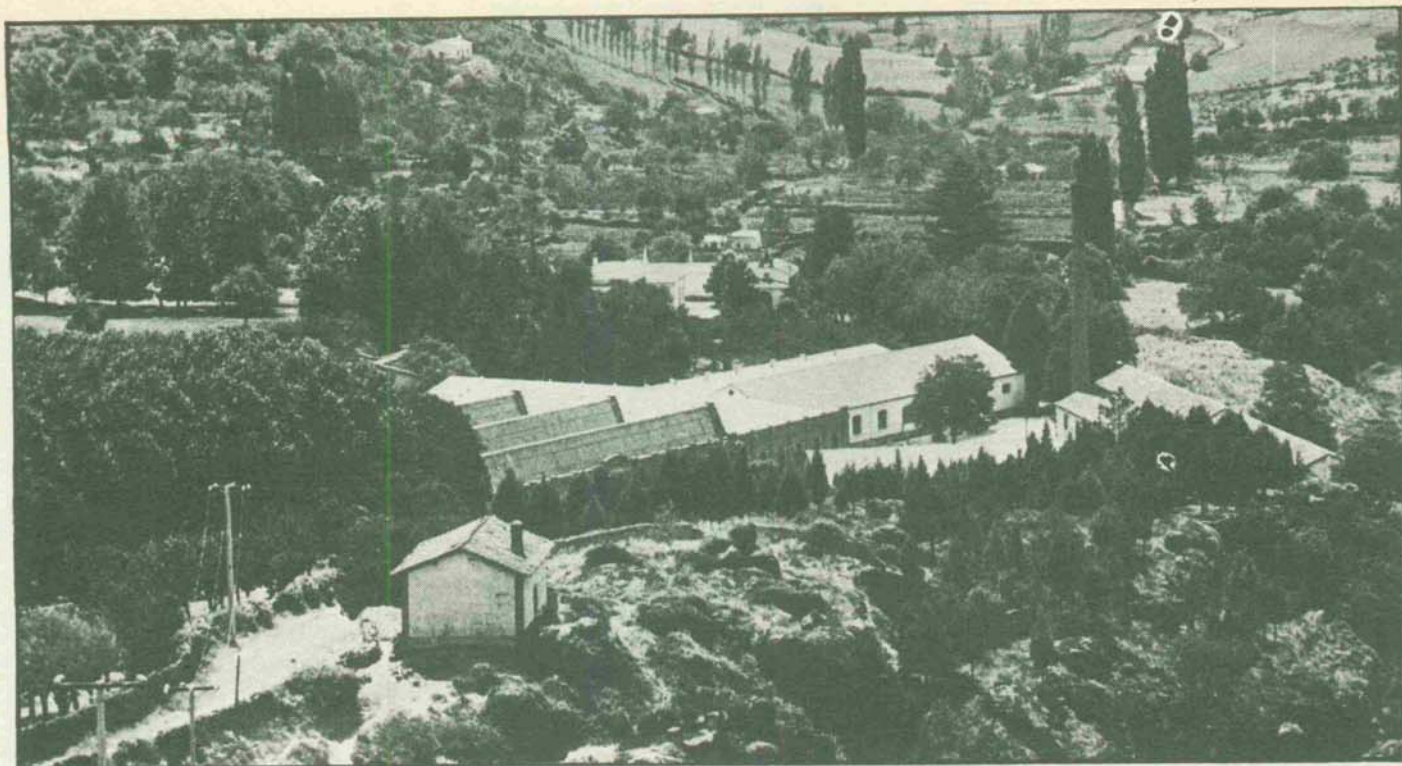
Béjar: Veinte años como "hombre oculto"



Angel Blázquez, de Béjar, 63 años, de los cuales pasó casi veinte escondido en el interior de su casa... La historia de este militante obrero del ramo de la Construcción representa la de otros muchos hombres que sufrieron por haber defendido las ideas de su clase a lo largo de unas circunstancias extremadamente complejas.

La larga historia de un militante

María Ruipérez



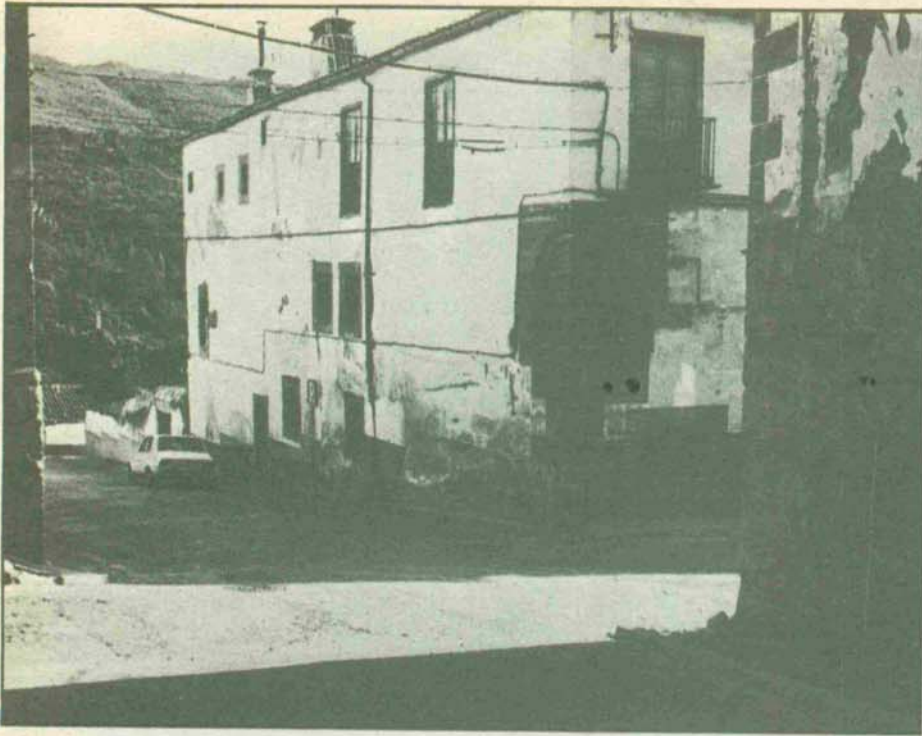
Desde principios de siglo, las luchas obreras fueron frecuentes en Béjar. La industria textil—principal sector productivo de la ciudad y uno de cuyos exponentes vemos: la fábrica de Gómez Rodulfo—contempló diversos conflictos laborales en fechas como 1909 ó 1914. Alguno de dichos conflictos llegó a durar cerca de un año.

A casi cuarenta años del final de la guerra civil española, durante los cuales sólo hemos podido escuchar la versión de los vencedores, por fin se empieza a oír, aunque todavía con dificultades y limitaciones, la voz de los vencidos. Sus luchas y esperanzas, sus penalidades y sufrimientos, sus años de «exilio interior» o exterior, pese a formar parte de la experiencia histórica nacional, no resultan conocidos por muchos. En todo caso, si algo se sabe, es lo que algunas figuras de primera fila de la vida política o cultural del país han conseguido transmitir en sus escritos. Pero las vicisitudes de los militantes de base, de los hombres del pueblo que sufrieron en su carne las consecuencias del conflicto, que pasaron muchas veces los mejores años de su vida en las trincheras, en la cárcel o el exilio, parecen condenadas al olvido, pese a su enorme importancia para la comprensión en profundidad de un conflicto decisivo de nuestro pasado y que inevitablemente gravita sobre nuestro presente.

Uno de estos militantes, cuya peripecia vital tiene un valor excepcional en sí misma y como testimonio de las penalidades de un amplio sector de la población española, es el bejarano Angel Blázquez. Nacido en 1913

en la única ciudad con una industria y un movimiento obrero importantes de la provincia de Salamanca, no fue un líder obrero ni un dirigente político significado. Tampoco tuvo tiempo para serlo: la guerra estalló cuando tenía 23 años. Sólo fue un militante del ramo de la Construcción, y, sin embargo, durante los casi veinte años que pasó escondido en su domicilio sufrió las consecuencias de un conflicto que él no había provocado, pero que le marcó para siempre. Hoy, a los 63 años, se anima por fin a relatar su experiencia vital en un testimonio histórico de primera mano, cuya importancia no es necesario resaltar.

En Béjar, las luchas obreras fueron frecuentes desde principios de siglo. La industria textil, principal sector productivo de la ciudad, contempló diversos conflictos laborales, en fechas como 1909 ó 1914, que en alguna ocasión duraron casi un año y obligaron a intervenir al Instituto de Reformas Sociales. Pero también hubo conflictos populares más amplios, como el «motín del pan» del 20 de mayo de 1920, provocado por la subida del precio de las subsistencias, en el que nuestro entrevistado recibió su «bautismo de fuego» en las luchas sociales:



Aún por encima de los conflictos estrictamente laborales, hubo en Béjar otros de alcance más amplio que afectaron a toda la población. Por ejemplo, el «motín del pan» del 20 de mayo de 1920, provocado por la subida del precio de las subsistencias. En el cruce de estas dos calles, los disconformes hicieron dos grandes piras con las ropas que habían saqueado.

A. B.—Recuerdo que cuando tenía 7 años iba, por curiosidad infantil, acompañando a los manifestantes, y presencié los hechos más importantes del llamado «motín del pan». Primero, la manifestación se dirigió al comercio de Mateo Iglesias, situado frente a los portales de Pizarro. Allí la muchedumbre hizo dos grandes piras de ropas con las existencias que sacaban de la tienda, una de ellas la situaron en la subida de la calle de las Armas, bajada a la calle Colón (antigua Solana), y la otra frente a la puerta principal del establecimiento. Además, apedrearón la fachada del comercio. Como dato curioso, los mismos dependientes sacaban las prendas de ropa a la calle y se las entregaban a los manifestantes. Una vez terminado el asalto, presenciado por gran parte de la población bejarana que se mantuvo impassible, nos dirigimos al almacén de ultramarinos y coloniales de don Rafael Calzada, que estaba en la calle de la Feria. Allí, rompieron a pedradas todos los cristales de

las ventanas, y forzaron las puertas a hachazos. Los primeros golpes, recuerdo muy bien, que los dieron dos mujeres: Isabel Gutiérrez Pérez, y Gerarda Pérez Blázquez (alias la «Rila»). Inmediatamente entraron grupos de bejaranos, abrieron las espitas de las zafras donde estaba el aceite, y destruyeron diversos artículos.

Poco después, nos dirigimos (yo calculo que seríamos 700 manifestantes, entre mujeres y niños) a la fábrica de harinas de la viuda de Asensio. Allí, también rompieron a pedradas los cristales del edificio y penetrando en el interior de la fábrica, destrozaron la maquinaria y sacaron los sacos de harina a un puentecillo que había sobre la regadera, donde los ponían encima de la barandilla, los cortaban con navajas y cuchillos y los arrojaban al agua. Como el grupo de manifestantes aumentaba continuamente, volvieron otra vez al centro de la ciudad pidiendo armas. Para conseguirlas, se dirigieron a las dos principales ferreterías que

había en Béjar y que en aquella época vendían armas. Primero fueron a la de la viuda de Apolinar Fraile, que se opuso a que los huelguistas entraran en el establecimiento. Pero el dueño, seguramente para evitar destrozos, les prometió si no entraban darles él mismo las armas, como efectivamente hizo, arrojándolas desde el balcón del primer piso de la tienda. Conseguidas algunas armas, nos dirigimos a la ferretería de don Lino Rodríguez Arias. Allí, destrozaron las lunas de los escaparates, y por ellos se metieron un tropel de niños, junto con uno de los dirigentes de la huelga, Esteban Téllez Becerra (a) el «Salao» que se apoderó de una escopeta y de un arma corta de fuego, mientras los niños entregaban todas las armas que podían coger a los manifestantes. También asaltaron un establecimiento de calzado. Recuerdo que como uno de los chiquillos intentara ponerse un par de zapatillas, los manifestantes se las quitaron y le dieron un buena paliza, porque la manifestación no la habían organizado para robar, sino para protestar de la subida de las subsistencias.

En respuesta al motín popular, se declaró el Estado de Guerra. Cuando el teniente del 36 Regimiento de Infantería acantonados en Béjar iba leyendo el bando de Guerra, un chico joven cometió la imprudencia de apuntar con una pistola de las entregadas en la ferretería a las fuerzas, y gracias a que el teniente era un gran bejarano y no ordenó disparar contra la multitud allí congregada, no se produjo una verdadera masacre. Pasados estos momentos de excitación, los manifestantes se fueron disolviendo pacíficamente.

También me acuerdo de la crisis industrial que se produjo en Béjar a raíz del Decreto dic-

tado por Primo de Rivera en febrero de 1924, suprimiendo el paño que entonces se usaba para confeccionar los uniformes del Ejército, y sustituyéndolo por el actual «kaki». Los fabricantes bejaranos, que eran los abastecedores oficiales del Ejército, se encontraron con un gran «stock» de producción que no tenía salida en ningún mercado nacional ni extranjero. La sorpresa y la consternación que se produjo en Béjar al saberse la noticia fue enorme, pues, no sólo representaba la ruina de los fabricantes, sino el paro y la miseria de numerosas familias obreras. Inmediatamente se formaron comisiones de obreros y patronos, en las que también intervinieron las autoridades bejaranas y salmantinas y el señor Villalobos entonces diputado por Béjar, para ponerse en contacto con el Ministro de la Guerra y con Primo de Rivera y tratar, en la medida de lo posible, de parar el golpe. Las autoridades prometieron a las comisiones dar un plazo prudencial de dos o tres años para cumplir el Decreto, y de esta manera poder sacar al mercado, sin excesivas pérdidas, las existencias almacenadas en las fábricas



La mayoría de los obreros textiles de Béjar estaban afiliados a la UGT, aunque otros grupos simpatizaban con la CNT. He aquí el aspecto actual de la antigua Casa del Pueblo, centro de reuniones y de discusión que congregaba a los militantes a la salida de sus trabajos.



«Nuestra formación de militantes —cuenta Angel Blázquez— se desarrollaba, además del contacto diario con el trabajo, a base de lecturas y préstamos de libros que nos dejaban los demás compañeros». (En la foto, otra de las fábricas textiles de Béjar, núcleos de este proletariado: la de García y Cascón).

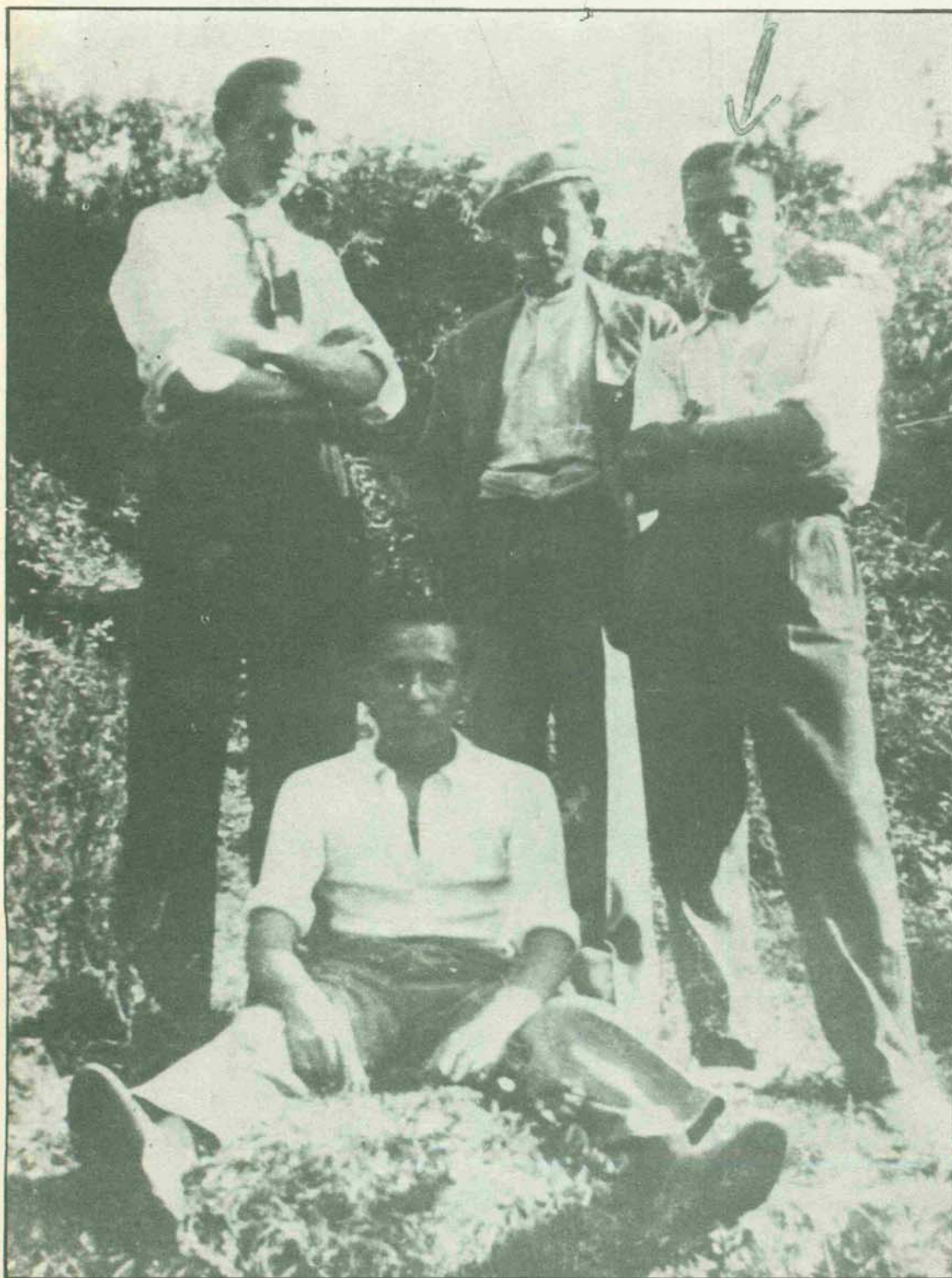
cas, y evitar así el paro obrero. Esta promesa fue incumplida por las autoridades, lo que trajo como consecuencia la paralización de las fábricas y el hambre y la miseria para las familias obreras bejaranas, muchas de las cuales tuvieron que emigrar a otras ciudades de España y al extranjero. Los obreros salmantinos se solidarizaron con la clase obrera bejarana por todos los medios

a su alcance: organizaron mitines (en uno de ellos recuerdo que intervino Wenceslao Carrillo), y mandaron dinero a las familias más afectadas. Recuerdo una canción que se cantaba por los obreros alusiva a la unión de los obreros bejaranos y salmantinos:

*Béjar y Salamanca
hermanas han de ser*

*para que nunca puedan
con ellas el Burgués.
Por eso si una huelga,
se llega a plantear
Béjar y Salamanca
la tienen que arreglar.*

Y que conste que esta canción no la inventaron los bejaranos, sino que la venían cantando los obreros salmantinos.



Obrero de la construcción, Angel Blázquez se afilió al Sindicato que contaba en su seno con una gran mayoría de compañeros, el de la CNT. Militante en él desde los dieciocho años, la imagen le muestra —señalado por una flecha— junto a unos amigos durante agosto de 1932.

P.—¿Cómo estaba organizado el movimiento obrero en Béjar? ¿Cuál fue su participación en el mismo?

A. B.—La mayoría de los obreros textiles estaban afiliados a la UGT, aunque había algunos que simpatizaban con la CNT. Precisamente fueron estos los que animaron al Sindicato de la Construcción para que se organizara dentro de la Confederación en 1931. Reunido este Sindicato en Junta general, se acordó por mayoría integrarse en la Confederación Nacional del Trabajo, mientras un pequeño grupo disconforme, impulsado por Cayetano Ortiz (afiliado a la UGT), creyó oportuno mantenerse autónomo. Un 98 por 100 de los obreros del Sindicato de la Construcción nos integramos en la CNT. Votaron el ingreso en la confederación, porque creían sinceramente que era más sindical que política, a diferencia de la UGT, que todos sabíamos estaba controlada por el Partido Socialista. Algunos grupos de tejedores e hilanderos de la industria textil, que habían sido promotores de que el Sindicato de la Construcción ingresara en la CNT, decidieron permanecer disciplinariamente dentro de los gremios afiliados a la Unión General de Trabajadores, aunque su mentalidad era sindicalista, para no producir una escisión dentro de este grupo.

La primera Junta constituida en septiembre de 1931 recuerdo que estaba integrada por los siguientes compañeros:

Presidente: Ginés García (cantero).

Vicepresidente: Ricardo Blázquez (uno de los principales promotores y fundadores de este sindicato, albañil).

Secretario: Tomás Collantes (pertenecía a los jurados mixtos, albañil).

Vocales: Benito San Pedro (carpintero), y otros que no recuerdo en este momento.

Yo me afilié al sindicato inmediatamente después de su fundación, pero actué simplemente como un militante debido a mi juventud (sólo tenía 18 años), y a que la Junta directiva siempre buscaba para ocupar los cargos más importantes a personas ya formadas y que hubieran demostrado ya cierta capacidad de organización en la defensa de los intereses de la clase obrera, junto con su **hombria de bien**, condición esta última indispensable para entrar a formar parte de la organización. Muchos de mis compañeros y yo mismo asistíamos a las Juntas para irnos preparando para resolver en el futuro cualquier problema que se planteara a la organización. Nuestra formación de militantes se desarrollaba, además del contacto diario con el trabajo, a base de lecturas y préstamos de libros que nos dejaban los demás compañeros. Entre ellos, **La conquista del pan** de Pedro Kropotkin, obras de Malatesta, de Bakunin, Marx, y de la mayoría de los teóricos del pensamiento socialista que estaban en la Biblioteca del Sindicato.

P.—¿Cuál fue la participación de Béjar, y de su Sindicato, en la revolución de Octubre de 1934? ¿Qué repercusiones tuvo su intervención en este movimiento?

A. B.—Cuando se recibió en Béjar la noticia (el mismo día 6) de que se había declarado la huelga general revolucionaria, las dos centrales sindicales bejaranas (CNT y UGT) decidieron de común acuerdo secundarla. Grupos numerosos de obreros se hallaban estacionados en la Plaza Mayor comentando las noticias que llegaban de Salamanca y de otras provincias. En este momento, Alfonso González,

obrero tejedor y sindicalista, pero afiliado a la UGT, se subió a uno de los bancos del jardincillo de la plaza y pronunció solamente estas palabras: «Compañeros, esto es una huelga general revolucionaria, y desde ahora mismo tenemos que actuar como revolucionarios». Al escucharle se formó espontáneamente una gran manifestación, que partiendo de la plaza inició la marcha por la calle Mayor hacia la Corredera, obligando a cerrar todos los establecimientos situados en las calles por donde pasaba. Al volver la manifestación hacia la Plaza Mayor, la fuerza pública hizo acto de presencia, e inició una carga a caballo contra los manifestantes. Por cierto, y como una muestra que refleja la nobleza de los obreros bejaranos, uno de los guardias montados a caballo cayó al suelo junto con su cabalgadura, y los propios huelguistas le ayudaron a levantarse y a montar de nuevo. Después, continuó la evolución de la huelga sin mayores repercusiones.

Quizá el mayor peligro de enfrentamientos estuvo en que al cargar la caballería, un obrero disparó contra la fuerza pública, y entonces éstos hicieron uso de sus armas. Los obreros bejaranos se subieron a los tejados arrojando piedras y tejas contra la fuerza pública. No hubo heridos en ninguna de las partes. Yo no participé en estos hechos por encontrarme en el domicilio de un amigo mío, perito, que vivía a unos 200 metros del lugar donde ocurrieron.

Como los manifestantes se subieron a los tejados colindantes con mi domicilio, las autoridades creyeron que yo había sido uno de los participantes, y fui detenido el 7 de octubre de 1934 por la mañana. Fui conducido a la cárcel de Salamanca y procesado junto



Sólo cinco semanas separan esta foto, del levantamiento militar del 18 de julio de 1936. Si en un principio los obreros bejaranos declararon la huelga general ante el alzamiento, toda resistencia apareció enseguida como inútil. Desde agosto del 36, Angel Blázquez—primero a la derecha en la imagen— permanecería encerrado en su casa.

con otros once obreros de Béjar. El Consejo de Guerra se celebró el día 26 de mayo de 1935, y fuimos condenados a año y medio de prisión. El 12 de enero del mismo año nos pusieron en libertad provisional. Al encontrarnos en esta situación, como yo personalmente creía, y sigo creyendo, que cometieron conmigo una gran injusticia, el 28 de mayo de 1935 decidí atravesar la frontera portuguesa por Zarza la Mayor a Salvaterra de Extremos, para seguir después a Castelo Branco, donde permanecí tres meses.

Dentro de estas cosas, siempre hay hechos que a veces revisiten verdadero peligro, y pasa como en los sainetes que también hay anécdotas cómicas. Por ejemplo, nos pasó la frontera un zapatero de Zarza la Mayor, que nos pidió 15 pesetas por hacerlo. Le dimos 25, de las 400 pesetas que llevábamos en total los cuatro

compañeros. Al ponernos en camino, ya de noche, nos advirtió un contrabandista, de aquellos que se dedicaban a pasar café a España, que tuviéramos mucho cuidado, pues la noche anterior había habido un fuerte tiroteo entre carabineros españoles y un grupo de contrabandistas. La advertencia que nos hizo fue ésta: «¡Cuidado, porque tiran a los pies!». Después, nuestra estancia en Castelo Branco fue relativamente grata, porque grupos de obreros portugueses nos llegaron a pagar la pensión durante dos o tres semanas, a base de hacer colectas entre todos, cuando no recibíamos del Comité pro presos de los Sindicatos de Béjar las cantidades acordadas (un jornal de 7 pesetas diarias por el tiempo de prisión).

Después, fuimos expulsados de Portugal, por indocumentados, y entregados a las autoridades republicanas el 17 de

agosto de 1935. Nos llevaron de Hervás a Badajoz, en cuya prisión (antiguo palacio de Godoy) permanecí hasta el 29 de septiembre, en que me trasladaron a la cárcel de Salamanca. Con la amnistía dictada a raíz del triunfo del Frente Popular, salí en libertad el día 23 de febrero y llegué a Béjar el día 25.

P.—Al declararse el levantamiento del 18 de julio, ¿qué actitud adoptaron los obreros bejaranos?

A. B.—El 17 de julio por la noche nos enteramos de la sublevación de Africa. Entonces, se escucharon por la radio las consignas a seguir por todos los obreros españoles. Reunidas todas las comisiones, acordaron por unanimidad declarar la huelga general en Béjar. Los obreros bejaranos nos manteníamos relativamente tranquilos y a la expectativa de lo que pudiera pasar. Al recibir noticias de la sublevación de varias provincias españolas, y al pasar tropas de la guarnición de Salamanca hacia Salamanca, el pueblo inició la construcción de barricadas (las clásicas barricadas bejaranas del 68, compuestas de sacas de lana). Además una comisión de obreros, formada por don Valentín Garrido y la Junta de la Casa del Pueblo, fue a pedir armas al comandante del puesto de la Guardia Civil, que hizo profesión de fe republicana, y prometió entregarlas cuando fuera necesario.

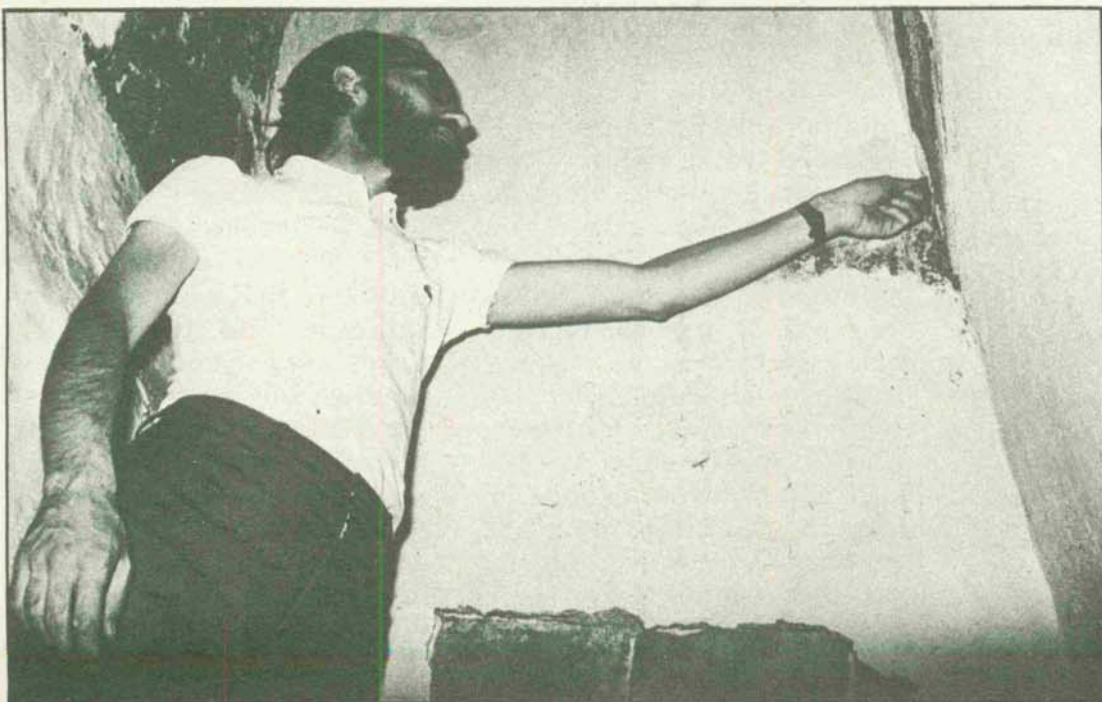
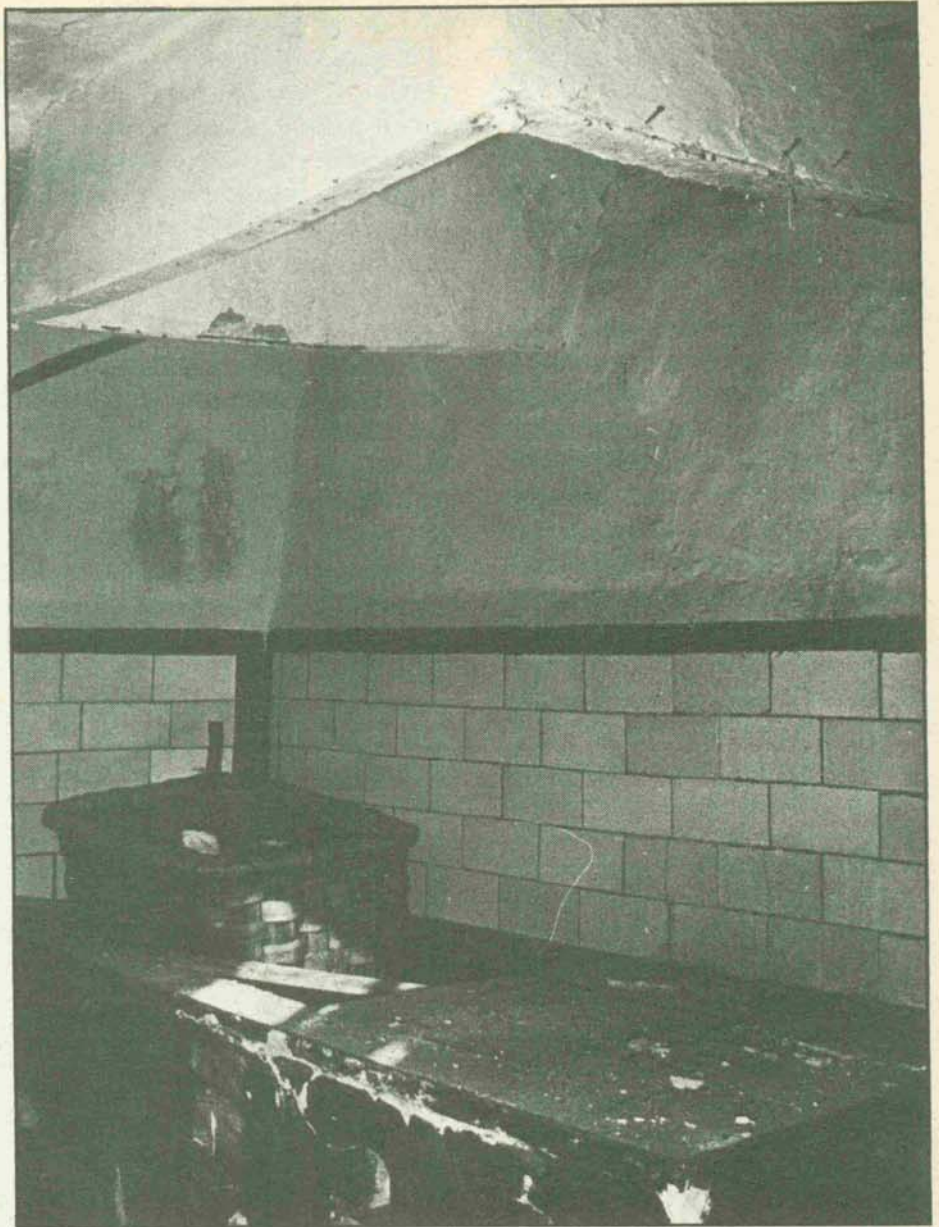
En realidad, al no haber armas ni dirección alguna, y ante un telegrama que recibió el entonces alcalde de Béjar, don Eloy González, de su yerno, teniente de la guarnición de Salamanca, instándole a que el pueblo de Béjar no opusiera resistencia al ejército, y sabiendo por instinto los obreros bejaranos que la resistencia era inútil, se optó por abandonar toda clase de resis-

tencia. Entonces se produjo la desbandada general. Grupos de obreros que tenían algunas armas (en su mayor parte escopetas o pistolas) se lanzaron a los bosques cercanos dispuestos a morir antes de entregarse.

El día 23 de julio Béjar fue ocupada y comenzaron las detenciones, que se calculan en unas 400. Hubo unos 133 ó 134 desaparecidos, entre ugetistas, cenetistas y republicanos, dentro de una población de 9.000 personas aproximadamente.

P.—¿Por qué decidió usted encerrarse en el desván de su casa? ¿Cuándo lo hizo?

A. B.—Yo estuve, como casi todos, en el campo, en la zona del río Cuerpo de Hombre, en el sitio denominado «Tranco del Diablo». Al enterarme de la muerte de mi hermano Martín, a ruegos de mi madre, unos amigos me fueron a buscar, pues las nuevas autoridades dijeron que a todos los que cogieran en el campo serían acusados de «desafectos al Régimen». Entonces yo regresé a casa. Cuando llamaron a mi quinta, a primeros de agosto, en vez de incorpo-



Sobre estas líneas, cocina de la casa de Angel Blázquez, encima de la cual se encontraba el desván donde se hallaba refugiado. Para darle de comer, su madre introducía la cuchara por el agujero que se señala en la foto inferior, subiéndose para ello en el fogón. Los líquidos los absorbía el escondido a través de una paja gruesa. Su única distracción era la lectura de algunos libros que le pasaban desencuadrados. Y así, cuatro años...

rarme al servicio militar permanecí escondido en mi casa hasta el 24 de diciembre de 1955.

P.—¿Cómo era el refugio: medidas, condiciones higiénicas...? ¿Cómo vivió en él, cómo se comunicaba con el exterior?

A. B.—Las condiciones de mi escondite eran francamente infrahumanas. Era un desván aislado que no tenía entrada más que por una gatera del tejado. Allí permanecí durante cuatro años. Las dimensiones eran de unos 5 metros de largo escasos por 1,80 de ancho, y 50 centímetros de altura en la parte más baja y 1,25 metros en la parte más alta. No podía permanecer más que sentado o echado. Las deposiciones las hacía en una vasija y las arrojaba a otro tejado colindante por un pequeño agujero. La alimentación la recibía por otro hueco de la chimenea de la cocina que hay debajo, tan pequeño que no cabía un plato. Mi madre me daba los alimentos metiendo la cuchara, que yo cogía por el otro lado del tabique. Los líquidos (café, leche, agua) los absorbía por una paja gruesa del campo: ella ponía los recipientes cerca del agujero y yo bebía por el otro lado del tabique. Pasaba las horas leyendo y volviendo a leer los mismos libros, que recuerdo perfectamente: una Historia de Europa, Asia y África, una novela muy popular **Los tres mosqueteros** y su continuación **Veinte años después**, una novela de bolsillo publicada por el doctor Díaz de Tejada, que casi puedo recitar de memoria (trataba de ensayos realizados en la Facultad de Medicina sobre transmisión de pensamiento), un ensayo de Marañón titulado **Amor, conveniencia, eugenesia**, un libro de aritmética y un libro de medicina editado en 1868 que incluía toda la medicina antigua

desde los tiempos de Galeno y Paracelso. No había más libros. Como algunos de ellos eran tomos grandes, tuvo que meterlos mi madre por el agujero por donde me daba la comida, en trozos sueltos.

En los dos años primeros dormía sobre los escombros del desván, con una manta debajo y otra encima. Como el desván era tejivano, estaba sujeto a todo cambio climatológico (mucho calor en verano y muchísimo frío en invierno). Después, cuando se derribó un tabique de la chimenea metimos un colchoncillo de un sofá. Me abrigaba también con una pelliza y en el invierno, como el frío era tan intenso, me vendaba los pies con orllos de las fábricas de tejidos. Durante todo este tiempo no pude ni fumar ni beber, por miedo a que el humo y el olor descubrieran mi presencia, ya que en la casa sólo vivía mi madre.

P.—¿Salió alguna vez al resto de la casa o a la calle?

A. B.—Después de estos primeros cuatro años, en 1940 ya salí al resto de la casa. Como era propiedad de mi madre y no teníamos inquilinos, gozaba de una relativa libertad de movimientos, y no del anquilosamiento de los primeros años. No me atrevía a salir a la calle porque me daba la impresión de estar vigilado continuamente. Una vez, durante las ferias de Béjar, salí porque tenía ganas de ver la ciudad, y pensando que como cuando me escondi pesaba escasamente 57 ó 58 kilos, y ahora pesaba los 95 debido a la inactividad obligada, no me iban a conocer. Así sucedió: me ponía frente a los amigos de la infancia y juventud y no me reconocieron. Estuve cinco o seis días por la calle y volví otra vez a mi refugio, pues a fin de cuentas yo seguía siendo un prófugo.

P.—¿Cómo pudo resistir veinte años encerrado en estas condiciones? ¿Qué le impulsó a seguir viviendo?

A. B.—Quizá el resistir esos casi veinte años se debe a que yo había sido siempre muy amigo de los deportes. Tenía juventud y una fortaleza física bastante considerable. Mi madre me animó con sus constantes cuidados y su comprensión hacia mí. Al principio, hasta el año 1938, me animaba el recuerdo de una mujer que yo creía que me esperaba, porque me contaron que al enterarse de mi desaparición llevó hábito durante tres años. Al terminar la guerra y no aparecer yo, se casó con otro, y hoy ya tiene nietos.

Yo creo que la capacidad de resistencia depende del temperamento. Yo he sido un tipo linfático, tranquilo: quizá pertenezca a la escuela de los estoicos. Pasaba penalidades y no se lo decía a mi madre. Mi mayor esperanza estaba en que al triunfar los aliados en la Segunda Guerra Mundial, el Gobierno español, quizás a ruego de otras naciones, diera una amnistía general para todos los que estaban en mi situación, o en situación parecida (detenidos, exiliados, etc.). Desde luego, el Gobierno dictó un indulto parcial en 1945, pero a mí no me cogía porque se especificaba que sólo disfrutarían de él los que no tuvieran antecedentes políticos, y como yo había estado preso por la Revolución de octubre de 1934, y además mi condición de prófugo se mantenía en pie, no pude salir. A ese indulto se acogieron en Béjar varias personas, y quedamos excluidos solamente dos: Antolín, factor ferroviario, que estuvo 17 años escondido (hasta que murió) y yo.

P.—¿Cuándo salió de su encierro y qué gestiones facilitaron su salida?

A. B.—Salí de mi encierro el 24 de diciembre de 1955. Tenía ya 43 años, y había pasado toda mi juventud sin salir de mi escondite. Al enterarse de mi caso (a última hora lo sabía mucha gente, hasta la propia Policía), algunos señores, entre ellos el entonces alcalde de Béjar, don Victorino Vizoso y don Ernesto Izard, se pusieron en contacto con el Gobernador de Salamanca y acordaron iniciar en Madrid las gestiones que fueran oportunas, entre ellas visitar al Director General de Seguridad y exponerle mi caso. Una vez vistos mis antecedentes, y que no estaba reclamado por ningún Tribunal por ninguna clase de delito, el Director General de Seguridad me puso a disposición del Gobernador Civil de Salamanca, y éste a la del Alcalde de Béjar. Este me citó para el día 24 de diciembre a las doce de la mañana en el Ayuntamiento. Me recibió y me dio unos consejos que creyó oportunos para que no volviera a meterme en política, cosa que he cumplido hasta ahora.

P.—¿En qué medida han in-

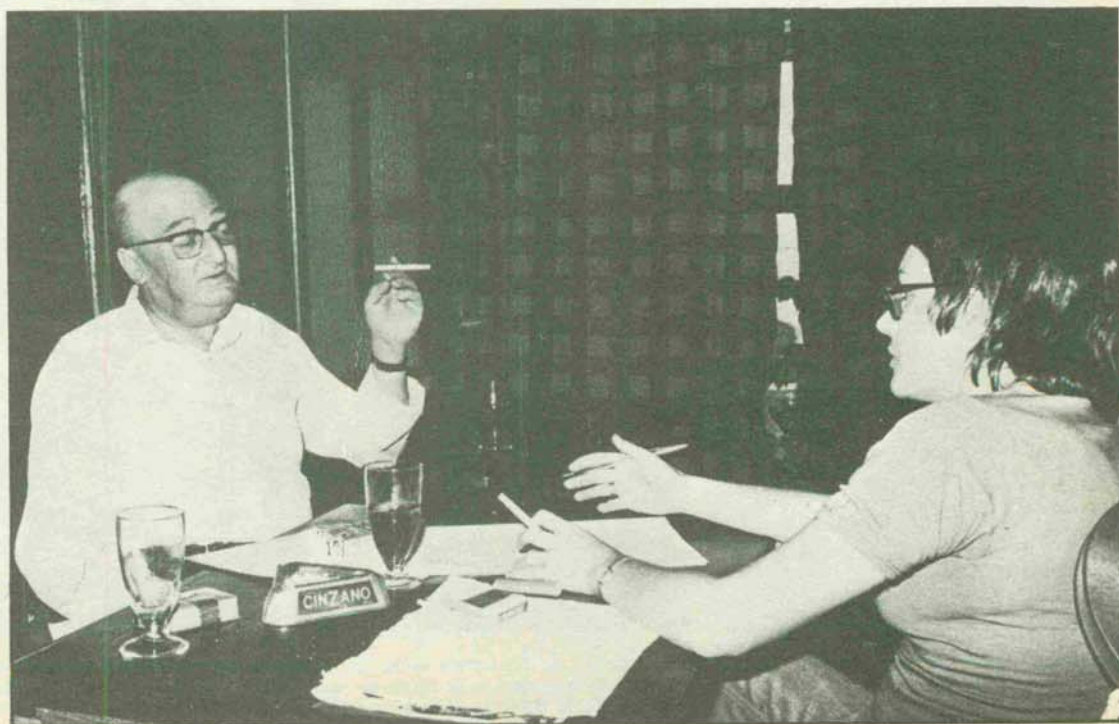
fluido estos veinte años en el resto de su vida? ¿Cómo reanudó usted la actividad diaria?

A. B.—La influencia ha sido decisiva, porque yo en mi juventud era emprendedor y tenía la vida bastante bien enfocada, con proyectos de construcción de obras, que me hubieran dado paso a mayores aspiraciones. Después, me he vuelto más retraído, más encerrado en mí mismo, porque como decía el protagonista de **Cuatro de infantería**, una persona o un grupo metidos en un refugio pierden toda idea de revuelta, y el pensamiento queda sujeto a los problemas de la vida diaria. Por lo tanto, cuando salí, tuve ocasión de pensar con más fuerza y más amplitud, pero me pareció que mi vida estaba destrozada y que había perdido las mayores ilusiones de mi juventud. Cuando salí de mi encierro, empecé a trabajar en las obras de propiedad de mi hermano, porque ningún patrón me daba trabajo. Todos me decían que no podían admitirme por tener cubiertos todos los puestos, pero yo me enteraba que daban trabajo a otros que

iban a pedirlo después que yo. Por eso tuve que marcharme en 1958 a San Sebastián, donde estuve ocho meses trabajando en la construcción. Luego regresé a Béjar, hice algunos trabajos por mi cuenta, y en febrero de 1962 tuve que volverme a San Sebastián. En 1966 regresé de nuevo a Béjar porque mi madre, ya anciana de 92 años, estaba enferma, y al ser yo el único hijo soltero me vine a cuidarla. Después salió a subasta un terreno del Ayuntamiento y solicité la concesión del mismo. Me la dieron, y del año 1966 a 1970 estuve haciendo ese pequeño grupo de viviendas. Al terminar he vuelto a estar sin trabajo, como al salir de mi refugio.

P.—Y, para acabar, ¿cómo ve usted nuestro futuro? ¿Qué habría que hacer para evitar la repetición de una experiencia dolorosa como la suya?

A. B.—Para evitar que se vuelvan a repetir situaciones como la mía y de otros muchos hombres, sólo pido tres cosas para la España actual: cambio, paz y libertad. ■ (Declaraciones recogidas por María Ruipérez. Fotos de José Luis y Enrique García Periañez).



Angel Blázquez salió de su encierro el 24 de diciembre de 1955, tras vivir de manera inhumana, encerrado como un topo. «Cuando salí, me pareció que mi vida estaba destrozada y que había perdido las mayores ilusiones de mi juventud», confiesa el antiguo militante a nuestra colaboradora María Ruipérez.